

Minicuento para Enrique González Rojo.

Erase que se era y seguía siéndose un hombre no muy común. Poseía un cerebro cuyo hemisferio derecho le temía enormemente al izquierdo y, por lo tanto, su mano izquierda no se atrevía a dibujar ni un garabato, mientras que su mano derecha constantemente producía escritos ingeniosamente subversivos. Uno de sus ojos le hacía guiños a la música desde que era niño, por lo que lo había impelido a tocar el piano con la elegancia propia de un chofer refinado que debe conducir un Rolls Royce. El otro ojo se hacía de la vista gorda cuando se le insinuaba alguna mujer demasiado flaca. Por lo demás, entablaba largos y rebuscados discursos consigo mismo durante el sueño desdoblado su imagen en callejones poblados por espejos por donde flotaba guiándose por su sombra mil veces reflejada. En ese mundo todo era silencio; por eso, cuando despertaba, los sonidos bullían como borbotones de un surtidor inagotable y durante todo el día acomodaba cada tono con el orden guardado por un caleidoscopio, dándole vueltas y vueltas a las palabras para lograr tañidos de campanas lejanas, sirenas angustiadas, tic-tacs ensortijados que iban resbalando por el tímpano de su respiración hasta llegar al mismísimo centro del hipotálamo. Este quehacer cotidiano le hacía perder el interés por saborear las mixturas con las que se enorgullecen las cocineras, advertir la dorada luz temblorosa entre las ramas de los árboles o sorprender por la ventana a esos improvisados actores que deambulan a toda hora conducidos por sus perros. Tampoco intentaba ya encontrar en el entramado del pentagrama, con sus menguantes y crecientes, las volutas, arabescos y filigranas que solía producir atacando con vehemencia el teclado. Sin embargo, acudía, no sin lamentarse un poquito, pero con gran entusiasmo, a confrontar ante pequeñas y grandes multitudes sus ensoñaciones; siempre con una pizca de temor que, al caminar, lo hacía dar pasos extraños semejantes a ese andar de ciertos especímenes caninos que suelen alternar un saltito con una pata trasera alzada y encogida mientras apoyan alternativamente las otras en sus felices carreras. En fin, érase que se era y seguía siéndose un hombre no muy común que esperaba, más que deletrear, describir el infinito.

Martha Obregón Lavín, 6 de noviembre de 2013.